

## **Subdesarrollo Latinoamericano: ¡150 trimestres os contemplan!\***

"Todas las cosas son un **sillogismo**, un universal unido a la individualidad por medio de la particularidad..."

(Hegel, *Ciencia de la Lógica*, p. 126).

Todos los productos culturales reflejan, de una u otra manera, la dinámica objetiva del proceso social en el cual se encuentran inmersos; todos los productos culturales son, asimismo, expresión del estado de conciencia social, del clima anímico predominante de determinados sectores o capas sociales en determinado momento histórico. *El Trimestre Económico*, nacido en 1934, es producto

de una época decisiva para el capitalismo mexicano y latinoamericano: son los años de la crisis, de la gran depresión, la actividad económica del capitalismo mundial se encuentra abatida en todos los planos; todas las monedas han experimentado devaluaciones más o menos simultáneas; en Norteamérica se ha iniciado, con el New Deal de Roosevelt, una nueva política económica que confiere una mayor participación al estado en la actividad productiva global; las políticas fiscales, monetarias, de empleo y/o militarización, del gasto en obras públicas, de asistencia y

\* *El Trimestre Económico* Nº 150, Fondo de Cultura Económica. México, 1971.

seguridad social, etcétera, son objeto de notables cambios; en Europa se ensayan políticas semejantes, adoptadas tanto por tímidos gobiernos laboristas y socialdemócratas como por agresivos y brutales regímenes fascistas; en Latinoamérica los vínculos con el imperialismo se aflojan o liberalizan un poco, lo cual permite que se constituyan, en los países de la región, regímenes más o menos democráticos y que adoptan o promueven los cambios institucionales necesarios para llevar al cabo el desarrollo económico "hacia adentro".

Desde aquella época, de la cual nos separan casi cuatro décadas, mucho ha cambiado y todo sigue igual. Pasó la crisis, llegó la guerra, luego se enfrió; el desarrollo que era hacia afuera se introvertió, el nacionalismo se autonegó en la multinacionalidad, el desarrollo se reveló como desequilibrios, dependencia, mayor desigualdad, conflictividad creciente e instauración de la dictadura y el despotismo. Las grandes mayorías latinoamericanas, en este contexto, siguen igual; es decir, peor.

De todo este proceso, *El Trimestre Económico* ha sido testigo; en ocasiones veraz, en ocasiones eufemista, en ocasiones mixtificador; pero siempre presente. Y, por ello, aunque 150 trimestres no bastan para hacer arqueología económica, no puede dejarse de considerar al *Trimestre* como un elemento fundamental en la reconstrucción teórica de la verdad del pasado, sobre todo cuando se

pretende desembocar en una concepción estratégica, es decir una organización de los instrumentos teorico-prácticos de transformación de la realidad actual. En tal sentido, el *Trimestre n° 150* es un documento casi transparente. En primer lugar, porque se encuentra en la superficie; no es necesario reconstruir la época de la cual forma parte. En segundo lugar, porque —con algunas insignificantes excepciones— las cosas cada vez más frecuentemente son llamadas por su nombre y, en los casos en que esto no sucede, el trabajo de traducción es, en realidad, elemental. Finalmente, porque las mixtificaciones teóricas han recibido una paliza tan seria en los últimos años de parte de los científicos sociales progresistas que ya ni los propios mixtificadores se las creen.

Así, el *Trimestre N° 150*, de abril-junio de 1971, a lo largo de sus casi quinientas páginas, de sus 17 ensayos y artículos, es un nítido producto, expresión del estado de conciencia social de los grupos ligados, de una y otra manera, a la dirección tecnocrática de la estructura latinoamericana a principios de la década de los setentas. Aunque los enfoques varían, aunque los lenguajes no son homogéneos, aunque el grado de profundidad o de seriedad en los análisis es muy disímulo, aunque la temática es de lo más diversa, aunque los distintos autores sostienen posiciones ideológicas, que van desde la objetividad radical hasta el entreguismo demagógico-

servil, y que dentro del cuerpo mismo del trabajo entran tácitamente en polémica confrontación, aunque, cada uno de los trabajos individuales expresa algunas particularidades relativas a una problemática común.

El licenciado Puente Leyva se preocupa a lo largo de su trabajo por la miseria rural y hace girar su preocupación en torno a la necesidad de crear mecanismos que hagan permanecer a la población redundante en el sector agrícola; plantea parafraseando a Edmundo Flores como *opción de política económica: decidir donde conviene más que se radique la fuerza de trabajo ¿en el campo o en los tugurios urbanos? ¿qué es preferible un lumpenproletariat o un lumpenejidatariat?* (p. 533). Andrés Caso se plantea un problema semejante ya que, como dice —en un estilo que Góngora envidiaría—: *el desarrollo... se ha visto acompañado de una ocupación disfrazada en el sector servicios, característico de las grandes y pequeñas ciudades, es decir, de aquellas concentraciones demográficas que han alcanzado cierto grado de urbanización que ha sido típico de la evolución de la estructura económica del país* (p. 264). Aquí acaso Caso quiso decir que en las ciudades hay *desocupación disfrazada*. Por su parte Flores de la Peña advierte que *la política de ocupación está determinada, en gran medida, por la capacidad del país para mantener su equilibrio externo sin*

*un fuerte endeudamiento con el exterior* (p. 331).

Aldo Ferrer, al igual que Flores de la Peña, Caso, Furtado, Felipe Pazos, Sanz de Santamaría, Anibal Pinto, Wionczek, Sunkel, expresan su particular preocupación por un problema latinoamericano: la crisis del comercio exterior de los productos primarios que, ligada al creciente endeudamiento y al rendimiento de las inversiones extranjeras, se ha manifestado como opresivo obstáculo al desarrollo del "modelo" de industrialización "hacia adentro". Ferrer encara el problema con todo realismo (a lo *realpolitik*), aunque no por ello haciéndose menos ilusiones: Argentina debe salir a competir internacionalmente en el mercado de manufacturas. Para lograrlo propone *la coexistencia de una elevada participación del capital extranjero en los principales sectores industriales y la preservación del carácter nacional de las decisiones sin embargo, él mismo señala que esto es tan sólo "probablemente posible"* (sic) (p. 315). Anibal Pinto, ante el mismo problema, no se hace muchas ilusiones y reconoce que *sólo queda abierta la posibilidad de ampliar el área de «extranjización»...* [con lo cual] éste [problema] *irá reproduciéndose en escala cada vez más alta* (p. 487). Felipe Pazos concluye su trabajo —sobre el mismo tema— sosteniendo que *"la promoción de exportaciones es un desafío... Si lo rehuimos, la América Latina continuará soli-*

*citando cantidades crecientes de capital para pagar cantidades crecientes de utilidades e intereses del capital recibido en años anteriores... Hasta que Dios quiera y las leyes del interés compuestos lo permitan*" (p. 476).

Los economistas latinoamericanos, cada vez más obligados a ello por la aplastante objetividad, conciben estos, y otros problemas más, dentro de un más amplio contexto, y ello se expresa en *El Trimestre* aludido. Prebisch, por ejemplo, hace "metaeconomía" al ir "más allá del sistema económico". Sunkel, coqueteando con el marxismo, propone una interpretación totalizadora y dialéctica en su interesante ensayo. Pablo González Casanova —haciendo "trabajo interdisciplinario"— estudia el papel de la violencia, de la represión y de las reformas y su papel en las economías de mercado. Plantea el modelo reformista, su viabilidad, aunque reconoce que éste tan sólo pospone, entretiene, los conflictos fundamentales del sistema.

Y, en general, todos los autores —con las inevitables salvedades; Dagúm, Martínez Domínguez— coinciden en su reconocimiento de lo álgido de la situación. Carlos Tello, en un brillante ensayo sobre el proceso de concentración (del ingreso, del capital, demográfico, educativo, del poder), pone claramente en evidencia cómo cualquier tipo de reformas, en la medida que se respete la construcción fundamental del sistema —las altas tasas de utilidades de los mo-

nopolios— no puede conducir sino a una reproducción, en escala ampliada, del mismo tipo de conflictos que hicieron necesarias las reformas. En este aspecto, en el reconocimiento de lo crítico de los problemas, existe un cierto consenso: Caso dice que "*las perspectivas de la economía mexicana, no parecen presentar un futuro halagador*" (p. 269). Prebisch habla de los cambios institucionales experimentados en sectores que *hasta hace poco habían constituido sólido apoyo al orden de cosas existentes* (p. 501), etcétera.

Todo esto, sintomáticamente indica algo: hasta hace poco la "izquierda" denunciaba —ante las capas dominantes— lo que en realidad acontecía. Ahora, la denuncia ha pasado a manos de los grupos dirigentes. Estos denuncian ante sí mismos, y frente a las masas, lo que acontece. ¿Demagogia? Sería torpe considerarlo así. Si la realidad tiene una dialéctica, la palabra también la tiene. Y hablar de dialéctica es hablar de contradicciones. No entender, aquélla y éstas, es no entender la necesidad que de la palabra tiene la realidad. Ya lo decía el doctor Joseph Goebbels: "Quizá sea bueno posar el poder que reposa sobre la fuerza de las armas. Pero es mejor y más perdudable ganarse el corazón de un pueblo y conservarlo". ¿Posible?, evidentemente. ¿Hasta cuándo? La palabra tiene poco que decir, son los hechos los que hablan en forma irrefutable.—ROBERTO CASTAÑEDA R. C.